

# LA MINA ATERRADA

Las personas mayores conocen muchas historias de tiempos pasados. Algunas que ellas mismas vivieron y otras que oyeron contar a sus mayores, pero que cuentan con tanto detalle como si las hubieran visto con sus propios ojos. Así han llegado hasta nosotros bellas historias de tiempos lejanos.

En Honduras se cuenta una historia que sucedió en Santa Lucía, un pueblo cercano a Tegucigalpa. En ese lugar se comenzó a trabajar una mina de plata pocos años después que los españoles llegaron a nuestras tierras.

Cuentan que la entrada de la mina estaba en la ladera de un cerro, un poco más abajo que el pueblo. Pero desde allí se oían repicar las campanas de la iglesia y hasta las voces de la gente. Los vecinos le tenían gran devoción a Jesús Crucificado y en la iglesia se veneraba una imagen de Cristo que el rey de España había regalado al pueblo, hace más de 400 años.

En cierta ocasión estaban trabajando dentro de la mina como 40 hombres. Unos muchachos se encargaban de sacar la piedra sobrante. En una de sus salidas los muchachos oyeron que repicaban las campanas de la iglesia, que reventaban cohetes y ruido de gente que se divertía.

Como tardaron más de lo acostumbrado en regresar por otro viaje de piedras, el capataz los regañó. Los muchachos se disculparon y le dijeron que se habían entretenido oyendo la bulla de la fiesta y los cohetes. El capataz se burló de ellos y les dijo que la pereza los estaba volviendo locos, pues en esos días no había ningún festejo y había poca gente en el pueblo.

Los muchachos siguieron con su trabajo y de nuevo tardaron





en regresar. El capataz, muy enojado, quiso castigarlos por su desobediencia. Entonces ellos le pidieron que saliera de la mina para que se convenciera de que decían la verdad. Así lo hizo el hombre y con gran sorpresa pudo darse cuenta que lo que decían los muchachos era cierto. Muy intrigado regresó a la mina y les pidió a todos los trabajadores que salieran para comprobar si también ellos oían aquellas cosas.

Tan pronto como el último de los trabajadores salió, se oyó un estruendo enorme. La mina se había aterrado. Todos se quedaron asombrados, mirándose las caras unos a otros. Se habían salvado de milagro. Entonces corrieron al pueblo, donde encontraron la iglesia con las puertas cerradas y ni la menor señal de fiesta.

Cuando los vecinos se enteraron de lo sucedido, fueron a dar gracias a Jesús Crucificado por ese milagro.

Los vecinos del barrio de la Plazuela también le tenían mucha devoción a Jesús Crucificado y acostumbraban llevar la imagen del Cristo a Tegucigalpa para rendirle veneración. Pero una vez tuvieron la mala intención de no devolverla. Cuenta la historia que sacaron la imagen de la iglesia con las mismas fiestas y ceremonias de costumbre, pero que al llegar a cierto lugar del camino, la imagen se volvió más pesada que el plomo y no pudieron seguir. En ese sitio los vecinos del pueblo pusieron una cruz que recuerda aquel suceso. Y a todo visitante que pregunta por ella, le cuentan el milagro del Cristo de Santa Lucía.